

JULIAN E. HARGUINDEY

# AQUARIUS



EDITORIAL DUNKEN

**JULIÁN E. HARGUINDEY**

# **AQUARIUS**

*Novela*

- MATERIAL PROMOCIONAL -

**EDITORIAL DUNKEN**

Buenos Aires

2016

**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL  
2016© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS**

Harguindey, Julián E.  
Aquarius / Julián E. Harguindey.  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2016.  
384 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-02-9109-1

1. Novela. I. Título.  
CDD A863

*A mis padres por incentivar tempranamente en mí la lectura,  
llave del cerrojo en la puerta de los anhelos.*

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Guillermo Kelly [guikelly@gmail.com](mailto:guikelly@gmail.com)  
DISEÑO DE PORTADA: Estudio Gema [www.estudiogema.com](http://www.estudiogema.com)

Impreso por Editorial Dunken  
Ayacucho 357 (C1025AAG) Capital Federal  
Tel/fax: 49547700 / 49547300  
Email: [info@dunken.com.ar](mailto:info@dunken.com.ar)  
Página web: [www.dunken.com.ar](http://www.dunken.com.ar)

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723  
Impreso en la Argentina  
© 2016 Julián E. Harguindey  
web: [www.libroaquarius.com.ar](http://www.libroaquarius.com.ar)  
ISBN 978-987-02-9109-1

## **AGRADECIMIENTOS**

Esta obra contó con la invaluable ayuda y crítica de Martine Tallier, Sergio Gaut Vel Hartman, Monserrat Costa Villamayor, Ana Cerri, Adolfo Neufeld, Guadalupe Bengochea, Arnoldo Erlebach, mis hermanos Ana, Pablo, y Martín, y mi hijo Manuel.

**LIBRO I**

**40.000 AÑOS**

## **Día 1**

–¿Paramos unos minutos? –reclamó Carla unos metros detrás de Javier.

Como respuesta solo escuchó el sonido de las afiladas puntas de sus crampones clavarse en el hielo con cada paso del ascenso por el glaciar.

–Guía, dame bola –insistió Carla subiendo el tono.

Javier continuó ascendiendo hasta encontrar un bloque del glaciar que ofrecía asiento. Se sentó e invitó a Carla a imitarlo con un gesto.

–Anoche no parabas de hablar y hoy sos una tumba. ¿Qué pasó? –preguntó Carla con un timbre de fastidio mientras permanecía de pie ante él.

–Silvia no se borró porque le dolía la cabeza –dijo Javier mirando sus borceguíes–; fue un ataque de celos.

–¿Celos de mí? –inquirió la joven, incrédula, apuntándose con la mano enguantada.

–Según ella, te tiré onda desde que llegaste a la base. Esta mañana me dio a elegir entre ella o vos para hacer el ascenso al glaciar –explicó Javier con pesar.

Carla intentó en vano ver la expresión de los ojos de Javier detrás de sus gafas oscuras y al no lograrlo preguntó incisiva:

–¿Por qué me lo ocultaste?

–Si te lo contaba, Silvia se hubiera salido con la suya y yo habría hecho el papel de boludo que se deja manejar por los ataques de celos de su novia.

–Hubiera preferido saber y decidir yo qué quería hacer. Y por pura curiosidad, ¿no serás de esos a los que les gusta darle celos a su pareja?

–El tono de Carla era acusador.

Javier se sacó las gafas y la miró a los ojos.

–Para nada, pero si se me acerca una linda mujer y ella interpreta que le estoy tirando onda, se pone insoportable.

La mirada y la respuesta de Javier tranquilizaron a Carla, quien relajó su postura y dejó caer la mochila para sentarse en el bloque. Completó el gesto descubriendo sus lindos ojos.

–No me tiraste onda. ¿Por qué tu novia aceptó hacer este *trekking* conmigo?

–La foto que nos llegó no te favorecía. Cuando te vi llegar, imaginé que podría haber problemas.

Carla lo miró tratando de decidir si creerle o no.

–¿Cómo sigue la historia?

–No sé. Nunca la vi tan furiosa. Hasta llegó a acusarme de una relación preexistente con vos y de cambiar tu foto para engañarla.

–Que divague. Lo que pueden hacer los celos. Si había una relación entre nosotros, ¿para qué la necesitabas a ella en este programa? Anoche me dijiste que no están casados ni tienen chicos.

–Nada de lo que dijo tenía sentido –dijo Javier con visible disgusto.

–Bueno, ya verás cómo arreglarlo. ¿Almorzamos?

Tomaron las mochilas para sacar sándwiches y jugos, y comenzaron a comer. Hacia donde miraran no había más que hielo y rocas que bordeaban el glaciar. Javier tomó un pequeño pico que colgaba de su cinto, despejó con su guante la superficie del bloque y la atacó hasta obtener unos trozos de hielo que colocó en dos vasos de metal. Le ofreció uno a Carla.

–Para enfriar tu jugo con hielo de cuarenta mil años –dijo poniendo énfasis en cuarenta mil.

Carla tomó el vaso arqueando sus cejas en asombro.

–¿Es agua que se congeló hace cuarenta mil años?

–Sí, primero fue nieve, después se compactó hasta hacerse hielo. La parte central y superficial del glaciar es la que viaja más rápido. Los laterales y el fondo van más lento porque friccionan contra las rocas y la tierra. Cuando este sector llegue al lago habrán pasado otros tres mil años –explicó Javier.

–Quizás para entonces Silvia te haya perdonado que la dejaras en la base –ironizó Carla.

–El que la tiene que perdonar soy yo –replicó Javier, fastidiado.

–No creo que ella lo vea así y no sé que tan sólida era la pareja, pero que te la estás jugando no hay duda –dijo Carla con un asomo de empatía.

–¿Hubieras preferido quedarte vos en la base?

–No dije eso, me moría de ganas de hacer este *trekking* y no pude sumar a nadie conocido para hacerlo. Estaba feliz de engancharme con un guía en pareja porque los grupos de tipos solos no quieren mujeres y no sé si querría sumarme sola a un grupo de hombres.

–Te entiendo.

–Pero volviendo a lo tuyo, ¿te importaba poco tu relación con Silvia o andás por la vida jugando fuerte?

–Ninguna de las dos cosas. No soporto perder la libertad de elegir porque al otro se le ocurra, aunque ese otro sea la persona que más quiero. Defiendo mi autoestima y mis ideales.

–¿Estoy compartiendo este *trekking* con el último idealista de Argentina?

–No me imagino a alguien sin ideales que haga *trekking* en glaciares –dijo Javier quien se sintió un poco molesto por el rumbo que tomaba la conversación, pero Carla insistió.

–También tengo ideales –dijo–, pero no creo poder jugar tan fuerte. ¿Sabías que para una mina de mi edad es más difícil encontrar pareja que laburo, o dónde vivir?

–Sin necesidad de preguntar –rió Javier– acabo de enterarme que te estás poniendo vieja y no tenés novio.

–¡Vieja tu abuela! Tengo treinta, dos menos que vos, y sé que parezco de veinticinco. Y sin entrar en detalles, tengo novio, pareja o como se llame.

–Vendrías a ser la excepción entonces –comentó Javier con un aire de sorna.

–El tema –siguió Carla sin prestar atención al irónico comentario– es que a nuestra generación le cuesta asumir compromisos y los tipos huyen de las profesionales exitosas porque dan miedo. ¿O no es así?

–Algo de eso hay –concedió Javier.

–¿Algo de eso hay? Mirá las estadísticas. ¿Conocés muchas profesionales exitosas que armaron pareja? ¿De treinta y solteras? Y mirá que no cuento a las que se engancharon con tipos de más de cincuenta.

–No conozco tantas profesionales exitosas, y la respuesta es ninguna. Ahora, ¿para qué se convierten en profesionales exitosas si después no pueden armar pareja? ¿O no es ese el objetivo común del grupo?

Carla miró a Javier con el ceño fruncido.

–Muy machista lo tuyo –comentó–. Me sorprende que valorando tanto la libertad no respetes la de quienes eligen el crecimiento profesional. Si esto nos juega en contra a la hora de formar pareja es por la inmadurez de los tipos que...

–Córtenla con ese verso repetido de la inmadurez de los hombres. –Javier hubiera querido detenerse en ese punto, pero no supo hacerlo–. Habrá algunas excepciones pero somos como somos y no esperen que un flash mágico nos haga *madurar* algún día. Eso es una boludez.

–Te estás poniendo ofensivo.

Javier echó el cuerpo hacia atrás, como si con eso pudiera poner distancia con sus propias palabras.

–No te quise ofender, disculpame. –Y para cambiar por completo el curso de la discusión, agregó–: Tendríamos que levantar campamento para que el viento de la tarde no nos alcance antes de llegar al refugio.

Carla también decidió que no valía la pena alimentar la escalada.

–¿Cuánto tenemos de marcha? –preguntó.

–A buen ritmo menos de tres horas, si vamos muy tranqui, quizás cuatro. Tenemos más de ocho horas de luz todavía pero el viento se puede poner pesado. Por delante tenemos una zona donde los hielos del glaciar se hacen transparentes y toman unos increíbles tonos azulados.

–Tengo la cámara lista.

–¿Te ayudo con la mochila?

–Gracias, pero tengo que poder arreglármelas sola. Códigos del *trekking* que no pude respetar ayer con el nudo de mi borrego. No tenía fuerzas ni para pararme.

Ambos reforzaron las aplicaciones de bloqueador solar en la poca piel expuesta de sus caras y encendieron sus *iPods*.

Llevaban casi una hora de marcha cuando los hielos de la superficie del glaciar comenzaron a transparentarse y tornarse azulados, tal como Javier había anticipado. Gracias a que el sol estaba alto, en algunos sectores se podía ver varios metros por debajo de la superficie. Carla se detuvo cuando algo que se divisaba en las profundidades del hielo le llamó la atención.

–¿Así que este hielo tiene cuarenta mil años?

–Bueno, no lo sé con exactitud, pero más de treinta mil, seguro.

–¿Quiénes habitaban esta región por ese entonces?

–Que yo sepa no estaba habitada. Los primeros humanos de los que tenemos noticias en esta región la habitaron hace menos de diez mil años.

–¿Y animales?

–Sí, los había de todo tipo.



–¿Serían tan avanzados esos animales como para usar teléfonos celulares?

La pregunta de Carla sonó ridícula para Javier.

–¿De qué estás hablando?

–Del celular, o algo muy parecido, que estoy viendo a varios metros de profundidad metido en el hielo de treinta mil o cuarenta mil años.

–No puede ser. –Javier hizo ademán de seguir la marcha.

–¿No? Vení a verlo.

Javier se movió hasta quedar junto a Carla y dirigió la vista hacia el punto que ella señalaba.

–¡¿Qué mierda?! No lo puedo creer. ¡Es imposible!

–¿Qué se te ocurre?

–Es demasiado loco.

–¿Por ejemplo?

–Que alguien haya perforado el hielo con un barreno y se le haya caído el celular al fondo del pozo, y que luego el pozo se haya rellenado con hielo; en realidad tendría que haber sido con agua, que aquí no hay, y es una locura porque el hielo nos mostraría un tubo del diámetro del pozo de otro color y turbio, no, no, eso no puede ser... –Javier cerró los ojos, como si eso le permitiera pensar con mayor claridad, y se rascó la oreja—. Ya sé: que el celular haya estado tan caliente que derritió el hielo que lo soportaba... pero no, para llegar allí tendría que haber estado al rojo mucho tiempo y quedarían solo restos chamuscados; no, no se me ocurre cómo llegó hasta esa profundidad.

–¿No es posible –preguntó Carla– que este sector del glaciar sea más joven por algún fenómeno natural?

–Carla, los glaciares son ríos de hielo a los que les lleva decenas de miles de años llegar a su destino. Cuando un fenómeno natural como, por ejemplo, la llegada de lava a partir de la erupción de un volcán, o un terremoto, daña ese río de hielo, las huellas son más que evidentes y no lucen como lo que estamos viendo.

–¿Se han encontrado otros objetos en los glaciares?

–Que yo sepa, no. Los glaciares trituran todo lo que arrastran entre sus hielos, pero dejame ver; sí... hace unos veinte años, en un glaciar en los Alpes en la frontera entre Italia y Austria, encontraron el cadáver momificado de un hombre que tenía más de cinco mil años... Estaba en muy buen estado.

–No entiendo, me estás diciendo que los glaciares trituran todo y luego que encontraron un cadáver intacto en un glaciar. ¿No es una contradicción?

Javier miró fijamente al objeto antes de responder.

–Recuerdo que la explicación que leí era que el cadáver quedó en una masa de hielo en una margen del glaciar que fue arrastrada sin triturar su contenido.

–¿Este podría ser un caso similar? No sé, no se me ocurre otra explicación. ¿El hielo tritura o no tritura?

–No lo creo, no estamos en las márgenes del glaciar.

–¿Entonces?

–No lo sé. Solo podríamos salir de dudas llegando hasta el objeto de algún modo ¡Eso!

–¿Qué?

–Lo que sea, no puede ser un celular; posiblemente se trata de una ilusión óptica.

–Producida por...

–Reflejos de otro objeto, que quizá esté cerca de la superficie, entre nosotros y... eso, aunque no lo veamos.

Los dos permanecieron un minuto en silencio, reflexionando acerca de la anormalidad de lo que estaban contemplando.

–Lo veo muy claramente como un objeto tridimensional –observó Carla cuando ambos empezaban a sentirse incómodos.

–Si, es cierto, pero no descarto que sea un reflejo. No hay otra explicación lógica.

–¿Buscamos el objeto que se refleja? Debe estar por esta zona, ¿no?

–Debería estar muy cerca. No mucho más lejos que la distancia que hay hasta ese reflejo.

–Unos cinco metros, más o menos, diría yo.

–Sí, pero busquemos en unos diez metros a la redonda, por las dudas. –Javier desenrolló una cuerda–. Por favor, quedate acá, sosteniendo la punta. Voy a medir diez metros y comenzaré a dibujar un círculo sobre el hielo con los grampones. Después dividimos el círculo en cuatro y cada uno busca en dos cuartos.

–Sí, jefe.

–¿Me estoy abusando? –Javier miró a Carla inquisitivamente.

–No, lo que me preocupa es que tenemos que llegar al refugio antes de que empiece a soplar el viento.

–Tenés razón. Lo que podemos hacer es registrar las coordenadas del lugar en el GPS y regresar a la mañana para seguir investigando.

–¡Hey, un momento! Vine a hacer *trekking*, no a investigar el origen de un celular perdido.

–Carla –dijo Javier con expresión severa–: hay que tomarse esto en serio; podría llegar a ser todo un hallazgo científico.

–O un divague tuyo.

–También. –Javier no pudo evitar una sonrisa–. ¿No te parece que vale la pena invertir un día de *trekking* para saber si es lo uno o lo otro?

–Hmmm, no sé. Se me van a complicar las reservas en los otros campamentos y voy a perder la del hotel en Calafate. En cuanto a vos, mejor que te preocupes en buscar a Silvia, si es que todavía existe en tu vida; parece más importante que el celular misterioso.

–Podemos pedir los cambios de reservas por radio, desde el refugio. Y dejá de preocuparte por Silvia. Con que lo haga uno es suficiente.

–¿Ese serías vos?

La mirada de Javier no dejó dudas de como le había caído esa pregunta. Carla lo ignoró y comenzó a tomar fotos. Luego, ambos

calzaron las mochilas mientras Javier registraba en su GPS el punto exacto donde estaba alojado el objeto en el hielo.

Habían marchado en silencio durante más de una hora cuando Javier se acercó a Carla.

–Te pido que cuando nos encontremos con otras personas no digas nada de lo que vimos. Voy a volver a este lugar, aunque todavía no tengo un plan. Podés elegir seguir con tu programa o venir conmigo.

–¿Y vos que vas a hacer?

–Voy a tener que inventar alguna excusa para volver y otra excusa aún mayor por la que lo haría solo, algo que está fuera de los códigos del *trekking*. Necesito que me banques con estas mentiras, sobre todo si decidís no venir conmigo. ¿Puedo contar con vos?

–Supongo que alguna lealtad te debo por tu gesto de no dejarme colgada en la base esta mañana. Te voy a bancar con las mentiras pero probablemente siga con mi programa.

–Gracias. Y aunque no vengas y resultara ser algo trascendente voy a reconocer siempre tu autoría en el hallazgo.

Carla guardó silencio por unos minutos, hasta que decidió expresar lo que había estado conjeturando.

–Este glaciar es uno de los más transitados para hacer *trekking*, ¿no?

–Sí. ¿Por?

–Me pregunto, si ese objeto está verdaderamente ahí en el hielo a la vista de todos, ¿cómo es posible que nadie lo haya visto antes?

–Es una buena pregunta.

–¿La respuesta?

–Voy a especular, porque no sé.

–¿Qué puede haber cambiado para que nadie lo vea antes que nosotros?

–Una posibilidad sería que la superficie generalmente opaca del glaciar se haya derretido allí recientemente con el calor del verano y que ese objeto nunca antes haya sido visible.

–A ver si te entiendo. ¿Pensás que en ese lugar el hielo se hizo transparente hace poco?

–Sí. Además, como allí el glaciar es ancho y no hay un sendero fijo para hacer *trekking*, no todos los que pasan por el sector lo hacen justo por encima del... celular o lo que sea.

–Es cierto. Un par de metros fuera de esa línea y no lo habría visto.

–Por otra parte, la superficie que se hizo transparente es tan grande que podés pasar por encima sin verlo, a menos que lo estés buscando, que no es el caso. Tampoco lo verías a esa profundidad si no hay sol con cielo despejado. Lo viste de casualidad.

–Es cierto. Me estás empezando a contagiar tu curiosidad científica aunque la teoría del reflejo me sigue pareciendo la más razonable.

–¿Sacaste una buena foto de... lo que sea?

–Sí, le di zoom al máximo pero igual se ve chico en la foto.

–Te voy a pedir la cámara cuando lleguemos al refugio.

Javier comenzó a apurar la marcha y Carla se mantuvo al ritmo con gran esfuerzo por lo que respiró con alivio cuando divisaron el refugio una hora y media más tarde.

–A los demás, ¿les vas a contar la historia de tu novia celosa o de que tenía jaqueca?

–Antes de salir esta mañana avisé que Silvia se volvía a El Chaltén y que solo llegaríamos nosotros por este sendero.

–A ver, a ver. ¿Me estás diciendo que vos y yo vamos a usar la reserva de la carpa compartida que tenías con Silvia?

–No pedí cambiar las reservas, y como estaban hechas vos tenías una carpa reservada. No veo por qué la iban a dar de baja.

–La pueden haber dado de baja por la información que les diste. Venían tres, una doble y una single. Canceló uno, ¿quién va a ser? La single.

–Hablás como si fuera un hotel de lujo, habitación doble, single. Son carpas con bolsas de dormir. ¿O estuviste en el Hilton anoche? Como

sea, espero que tengamos cada uno su carpa. Yo tampoco quiero dormir con vos, si es eso lo que te preocupa.

–Es justo lo que me preocupa. No por vos, pero si tu novia llega a enterarse que compartimos la carpa, y es muy fácil enterarse, voy a poner en riesgo mi físico. No quisiera tener que enfrentarme a la furia de una novia celosa con causa, y para peor sin comerla ni beberla.

–¿Aliviaría tu preocupación si pasara algo entre nosotros?

–No seas tarado, sabés que no sugerí eso.

–Trataba de ayudar, simplemente.

–Empiezo a entender a Silvia.

–¡Relax, mujer! Estamos llegando al campamento y un poco de humor nos vendría bien a los dos.

–El humor me va a llegar más rápido si no tenemos que compartir la carpa.

El olor y el sonido de la leña quemándose en el hogar, y la agradable temperatura, les dieron la bienvenida al refugio. Los recibió Marcos, el encargado, un muchacho corpulento y barbudo con cara de bonachón, quien los acompañó hasta sus respectivas carpas, montadas cerca una de la otra. Les informó que si una patrulla de Parques Nacionales llegaba al refugio para hacer noche, les tendría que pedir que compartieran carpa, ya que no tenían otras disponibles.

–¿Te entendí bien? –preguntó Carla–. ¿Tendría que compartir carpa con un tipo que no conozco?

–Son las reglas de la montaña –respondió Marcos–. Hay que asistir al que lo necesita. Pero si los guardaparques necesitan hacer noche aquí podrías compartir tu carpa con él –agregó, señalándolo a Javier–; por lo menos sería alguien conocido.

–En ese caso prefiero al desconocido. –El tono de Carla no dejaba dudas de su elección.

–Como gustes –dijo Marcos–. ¿Ahora quieren tomar té o café? La cena es a las ocho y media.

–Yo antes me quiero dar una ducha –dijo Carla.

–De acuerdo –dijo Javier–, yo prefiero tomar un café y me ducho después. ¿Podrías prestarme la cámara y si lo tenés a mano, el cable para descargar las fotos a la *notebook*?

–Ya te los alcanzo.

Javier estaba tomando el café con unas galletitas y esperando que arrancara su programa de edición de fotos en la *notebook* cuando Carla le trajo la cámara y el cable.

–¿Qué tal el café?

–Nada mal.

Ambos permanecieron expectantes hasta que las fotos empezaron a desfilarse por la pantalla.

–Esta es la mejor foto que tengo de... lo que sea –dijo Carla.

–La voy a ampliar con el editor. Ojalá nos dé una pista. Por favor acordate de no comentarlo con nadie. Cuando vuelvas de la ducha quizá tenga algo.

En la media hora siguiente Javier trabajó con el editor para ampliar la foto, mejorar su definición, volver a ampliarla y nuevamente mejorar su definición usando variaciones en el contraste, el color y la exposición. Cuando ya no podía mejorar más la imagen se quedó observando el objeto por un largo rato dándole vueltas a su posible significado.

El regreso de Carla lo sacó de su ensimismamiento y la vio por primera vez sin la ropa de *trekking*, en jeans y remera. Un minón. Además del impacto visual, cuando Carla se acercó sintió una extraña reacción física y perdió completamente la concentración en lo que había estado haciendo.

–¿Y? –preguntó Carla mirando la imagen en la pantalla a la vez que disimulaba su interés por la obvia reacción de Javier.

–Sentate por favor –dijo Javier con tono grave.

–¿Por qué tan serio?

Se escuchaban los ruidos que Marcos hacía en la salita contigua, por lo que Javier habló en voz baja.

–No sé si estoy delirando, pero si mi línea de pensamiento es acertada, este podría ser uno de los mayores hallazgos en la historia de la humanidad.

–¿Un celular? –preguntó Carla, perpleja.

–No es un celular. Es un objeto que tiene una forma parecida a un celular y lo asociamos con un celular por su color y forma. Pero no tiene ninguna de las características de un celular. Fijate que no hay botones laterales ni frontales, ni pantalla, ni apariencia de poder ser abierto en dos, ni orificios para enchufar pines de comunicación, ni puertos para carga de energía o para transferencia de datos.

–No podés ver la otra cara.

–Es cierto –se defendió Javier–, pero si todas esas funciones estuvieran en la cara que no vemos, tendríamos que ver al menos el parlante y la tapa de la batería.

–¿Esta información te basta para concluir que no es un celular? –Carla estaba sorprendida por la audacia de Javier para conjeturar.

–Me basta –respondió él–. Si a esa información le agregamos que los símbolos grabados sobre la superficie metálica no se corresponden con ninguna escritura que yo conozca... –Carla hizo un gesto de incompreensión; nunca hubiera imaginado que había inscripciones en el objeto. Javier siguió hablando luego de la pausa–. Y si tenemos en cuenta la edad del glaciar debemos aceptar el hecho que este objeto quedó atrapado en el hielo hace más de treinta mil años. Parece un delirio, pero no veo otra explicación.

–¿Qué estás diciendo? –Carla dio un paso atrás, visiblemente perturbada por lo que estaba infiriendo.

–No tenemos noticias de seres humanos que en esa época poseyeran una tecnología capaz de fabricar un objeto semejante.

–¿Entonces?

–Entonces... *tiene que haber pertenecido a una civilización de la que no tenemos noticia, ya sea porque no dejó rastros o porque... no era de este planeta.*

–Javier, bajá un cambio por favor. Tu construcción lógica cierra pero se basa en hechos poco firmes.

–¿Por ejemplo?

–Podría ser una ilusión óptica.

–No lo es –se apresuró a responder Javier, pero Carla insistió.

–Las alteraciones que le hiciste a la imagen podrían haber distorsionado los símbolos que interpretás como escritura extraña, o quizá, por alguna razón que desconocemos, ese hielo no tiene la edad que suponés.

–Te agradezco que hagas de abogado del diablo, pero este delirio no se va a ir así porque sí. Ahora más que nunca quiero volver allí y hacer un plan para sacar ese objeto del hielo. Solo cuando lo tenga en mis manos podré dar una respuesta fiable.

–Si fuera lo que vos pensás, ¿no habría que informar a las autoridades en lugar de ocultar el hallazgo?

–¿Pensás que los burócratas locales sabrían cómo manejar un tema así?

–No.

–No le asignarían rápidamente los recursos para extraerlo y lo expondrían a que termine en manos indeseables.

–Me asombra que en tan poco tiempo hayas procesado todo esto y sus consecuencias prácticas. ¿Qué harías con el “objeto” si lo tuvieras en tu poder y confirmaras su origen... incierto?

–Lo estudiaría para intentar arrancarle todos sus secretos.

–¿En tus horas libres y fines de semana?

–No, se necesitaría un equipo de profesionales, tecnología de avanzada, y seguramente mucho tiempo.

–¿Tenés recursos para financiar algo así?

Javier se detuvo un momento, pero no tardó en recuperar el entusiasmo.

–No, pero no creo que sea difícil armar una sociedad secreta de ángeles inversores que financie los estudios. Un proyecto así podría apasionar a mucha gente con guita aún cuando las posibilidades de rédito económico sean bajas.

–Tendrías que compartir con ellos lo que se descubra.

–Me reservaría el derecho de usar o no lo que se vaya descubriendo y podría ofrecerles a cambio de sus inversiones prioridad en las licencias sobre tecnologías que se puedan liberar.

–Lo pensaste todo. Me seguís asombrando. ¿Y en mi carácter de primera observadora que papel me reservarías?

–El que quieras. Como dijiste, ser la primera observadora...

Marcos entró a la sala en ese mismo momento, por lo que Javier creyó prudente hacer silencio.

–¿Te puedo ofrecer ahora ese té? –le preguntó a Carla.

–Me encantaría. ¿Tenés algo dulce para acompañarlo?

–Te traigo unas pocas galletitas dulces para que guardes apetito para el *risotto* de esta noche. ¿Leche? ¿Limón?

–Unas gotas de leche fría, por favor.

Marcos puso agua a calentar y Carla retomó la conversación en voz baja.

–¿Así que me darías el papel que yo quiera? ¿Por qué tan generoso?

–El hallazgo fue tuyo, y si te interesa el proyecto, tenés más derechos que yo.

–Me podrías haber engañado fácilmente con cualquier historia y volver vos solo a buscarlo. Jamás me hubiera enterado.

–Yo sí estaría enterado y no me lo perdonaría nunca.

–A fuerza de repetirme, me seguís asombrando. Empiezo a creer que realmente hice *trekking* con el último idealista de Argentina; me parece que Silvia está de la nuca. A propósito, ¿intentaste saber algo de ella?

–Estoy esperando que se comunique para disculparse.

–Apuesto a que bochaste “Mujeres” en la facultad. Mi consejo desinteresado, llamala.

–Me voy a duchar y después veo qué hago.

–Hacés honor a tu apellido vasco, ¿no?

–¿Por?

–Tienen fama de cabeza dura.

Javier se fue a duchar y después se tiró sobre su bolsa de dormir pero no pudo hacer la siesta que el cuerpo le pedía. Las emociones del día habían sido muy fuertes. A la mañana, la absurda discusión con Silvia y la dura decisión de seguir sin ella. A la tarde, el increíble hallazgo, las laberínticas especulaciones, y los planes y proyectos que de ellas surgían. Y hacía menos de una hora, la presencia de Carla, que le había hecho sentir algo que le recordaba la inyección de material de contraste que le dieron una vez para una tomografía computada. ¿Serían las famosas feromonas que detonaban un cóctel químico en la sangre? ¿Era posible que eso sucediera cuando uno está enamorado de otra mujer? ¿Por qué no intentaba comunicarse con Silvia? Con este tránsito de pensamientos no pudo pegar un ojo y pasado un rato decidió levantarse y vestirse.

En la sala había un grupo animado de *trekkers* bebiendo cerveza, todos hombres, que habían llegado por otro derrotero. Se presentaron e intercambiaron información sobre la travesía del día, y Javier se vio obligado a comentar que había llegado con una compañera, y que no, no eran novios, y que no, no tenían nada que ver, solamente compañeros de *trekking*, y que quizás siguieran juntos, estaba por verse. El rubio alto del grupo, que se había presentado como Francisco, dijo que Marcos les

había contado que su compañera era muy bonita, a lo que Javier se vio obligado a asentir.

–¿Está durmiendo? –inquirió Francisco.

–No sé, creo que sí. Está en su carpa.

–Marcos, llamala que queremos conocerla –dijo Francisco.

–Muchachos, en un rato tiene que venir a cenar. Déjenla descansar que tuvo un día duro, ¿no, Javier?

–Así es. Marchamos a muy buen ritmo, en especial la última hora y media.

Se produjo un abucheo entre el grupo que Javier cortó preguntando en viva voz a Marcos si podía usar la radio para comunicarse con Gendarmería.

–Seguime –dijo Marcos.

Instalados en el cuarto de la radio, Marcos repetía:

–Atento Gendarmería El Chaltén, aquí Refugio Serac, adelante, cambio.

Después del quinto intento se escuchó:

–Aquí cabo Santibañez de Gendarmería, El Chaltén, adelante Serac, cambio.

Marcos le pasó el micrófono a Javier quién siguió el diálogo.

–Buenas tardes, cabo Santibañez, aquí Javier Anzoátegui. Solicito paradero o información sobre Silvia Quezada, repito, Silvia Quezada, en El Chaltén, adelante, cambio.

–Favor informar destino en El Chaltén, adelante, cambio.

–Destino desconocido, adelante, cambio.

–Refugio Serac, confirmar que es una emergencia, adelante, cambio.

–Cabo Santibañez, estoy preocupado por esta persona que es mi novia, no es una emergencia, adelante, cambio.

–Señor, la Gendarmería no está para resolver problemas de pareja, adelante, cambio.

–Cabo, si usted pudiera averiguar si ella está bien, pasaré a agradecerle personalmente cuando vaya a El Chaltén, adelante, cambio.

–Veré lo que puedo hacer. Por favor, ponga al señor Peña al habla, adelante, cambio.

–Adelante, Santibañez, cambio.

–Estimado veinte treinta horas estaría arribando patrulla Parques Nacionales a Serac. Favor identificarse y dar comprendido, adelante, cambio.

–Aquí Marcos Peña de Refugio Serac, patrulla Parques Nacionales arribando veinte treinta horas, comprendido, adelante, cambio.

–Lindo fardo me tiró, Peña, cambio y fuera.

El murmullo que llegaba de la sala cuando llegaron al cuarto de la radio se había transformado primero en algarabía y por momentos en liso y llano griterío. No tardaron en comprender por qué. Carla estaba en el centro del grupo de *trekkers* y aquello era un duelo vibrante de testosterona de cuatro hombres tratando de conseguir la atención de la joven y seducirla con cuentos graciosos y hazañas. Al menos tres hablaban al mismo tiempo, casi a los gritos, lo que dificultaba entender de qué estaban hablando, pero Carla parecía comprenderlo todo. Respondía con frases cortas y repartía sonrisas encantadoras. A Javier lo sorprendió el dominio de escena, el manejo que tenía de la situación. Con movimientos imperceptibles evitaba que alguna mano se posara donde no debía o más tiempo del que debía permanecer. Parecía una diva, habituada a mantener a raya a sus admiradores y disfrutando el momento de seducción. Dispuso inclusive de unos segundos para mirar a Javier y saludarlo con un ligero movimiento de cabeza y una caída de ojos. Una estrella de cine de Hollywood no lo hubiera hecho mejor. ¡Qué mujer! No era creíble que le faltaran candidatos para novio, marido, amante, o lo que ella quisiera.

Marcos bajó un cucharón de madera y una paila de cobre de la pared ubicada atrás de la barra. Usó un golpe seco para producir un sonoro tañido, gracias a lo cual se apagaron las voces.

–En veinte minutos llega una patrulla de guardaparques –anunció por encima del aullido del viento–, y les voy a pedir colaboración para que podamos sentarnos todos juntos a comer en cuanto lleguen. Ustedes dos, por favor, unan esas dos mesas y despejen los sillones de alrededor. Ustedes, por favor, traigan las sillas que faltan. Están afuera, en el depósito. Javier me va ayudar con la comida y el resto puede poner la mesa con la vajilla, vasos, y cubiertos que están en la alacena azul. Por favor, saquen las bebidas que quieran de la heladera pero no se olviden de anotar lo que sacan con su nombre al lado. Si quieren vino bueno me lo piden a mí. Carla, te encargo la música; allí podés conectar tu *iPod*. Poné algo tranquilo, por favor. Desde ya, gracias a todos.

–¿Tenés champán? –preguntó Francisco.

–Tengo un par de botellas de Toso, ¿algún festejo?

–Celebramos que la *trekker* más linda del mundo vino al Refugio Serac.

Clamor, aplausos y aullidos de aprobación festejaron la propuesta de Francisco. Carla se acercó al equipo de audio para poner algo de Celine Dion y fue como una señal para que todos se pusieran a trabajar siguiendo las instrucciones de Marcos.

Javier siguió a Marcos a la cocina y en voz baja comentó:

–Están un poco alzados los muchachos.

–Tienen con qué alzarse. Estos pagos no han visto semejante mina por lo menos en los nueve años que llevo aquí. Me tenés que dar una mano para que no corra mucho alcohol. Muchos machos y un hembrón encerrados en un refugio puede ser una combinación violenta. Tengo más champán pero no les voy a decir y si piden vino bueno les voy a dar hasta tres botellas. También voy a escamotear el whisky. Les dejo el licor de café y el sambuca. Si toman mucho se descomponen antes de emborracharse. Voy a preparar la picada. Por favor agregale un poco de caldo al *risotto* y calentalo a fuego medio sin dejar de revolver. Cuando sirvo la picada apagás el fuego y tapás la olla, y nos vamos a la mesa. Cuando comience a levantar los platos de la picada, le das fuego medio

otra vez, revolviendo siempre, y allí tenés queso rallado para ponerle cinco minutos antes de servirlo. Yo lo sirvo, no pongas cara de pánico.

–A sus ordenes, chef.

–Me la debías por el mangazo a Gendarmería. Hablaste vos pero el que se hizo cargo fui yo. Mientras preparamos esto contame un poco que pasó con tu novia aunque me puedo imaginar que el fusible saltó por Carla.

Javier relató que el encuentro con Carla se había programado para el día anterior a la tarde cuando llegaran los tres al refugio. Ellos habían llegado antes, se ducharon y cambiaron. Carla, a quien conocían por foto, llegó cerca de la hora de la cena, agotada porque su transporte había llegado tarde a El Chaltén y había tenido que forzar la marcha hasta la base. Silvia la recibió con muy poca simpatía porque resultó ser mucho más linda que en su foto. Estaban los tres en la sala, Silvia y él bañados y relajados, y Carla, exhausta, intentando sin suerte desatar un nudo de su borceguí.

–Le di una mano porque vi que sola no podía. Fue un gesto de compasión. –Javier continuó relatando que había logrado desatar el nudo en un par de minutos y como ya estaban sirviendo la cena se habían sentado los tres a cenar. Silvia no decía palabra y él, para hacer más tolerable el clima en la mesa, le daba conversación a Carla. Cuando Silvia no había terminado aún su plato se fue a la carpa no sin antes insinuar que fuera con ella, a lo que él respondió que terminaría de cenar e iría más tarde a dormir. Le pareció un gesto muy grosero dejar a Carla sola en la mesa cuando no habían terminado de cenar. Se quedó con Carla media hora más ya que inmediatamente después del postre ella se despidió para ir a ducharse y dormir. En esa media hora hablaron de *trekking* y de experiencias anteriores, nada de seducción.

–Cuando llegué a nuestra carpa, Silvia estaba en llamas. Me acusó de querer avanzarla a Carla con lo del borcego, y luego durante la cena, y que no quería ni pensar en como seguí tirándole los perros cuando ella se fue de la mesa.

Javier contó que había defendido su posición pero evitado entrar en una discusión violenta, algo que Silvia probablemente interpretó como

una prueba de culpabilidad. Él pensó que el sueño calmaría las fieras, pero no, apenas despertaron esa mañana llegó el planteo final. O seguían Silvia y él solos con el programa de *trekking* o la relación se cortaba ahí y ella se volvía a casa.

–Decidí no entregarme al chantaje y aquí estoy, como ves, preocupado por Silvia pero al mismo tiempo muy enojado con ella. Nunca antes, en el tiempo que llevamos juntos, le había dado semejante ataque de celos.

–Nunca antes se te habrá cruzado semejante minón.

–Marcos, te aseguro que no le tiré los galgos, y si tenés alguna duda preguntale a Carla.

–De acuerdo, te creo. Ya tengo la picada. Podés apagar el fuego y tapar la olla. ¿Llevás este par de tablas?

En ese momento oyeron las voces de los guardaparques.

–Estos guachos olieron la comida –dijo Marcos.

Se acercaron a la mesa con las tablas de la picada junto con los guardaparques que llegaban sacándose sus pesadas camperas.

–Marcos, querido, danos algo caliente que venimos viento en contra y estamos helados. –El que habló se abrazó con Marcos y chocaron sus mejillas.

–Pasen muchachos y sírvanse la sopa que está bien caliente. Hoy tenemos *risotto*.

–Uuuh, qué bueno. –Y en voz baja le preguntó a Marcos–: ¿Quién es la reina?

–Me llamo Carla, ¿vos como te llamás?

–Jorge, a tus órdenes; espero no haberte ofendido con lo de reina y te felicito por tu excelente audición. Hubiera jurado que era imposible que escucharas con el ruido y la música.

–No hay ofensa, y gracias por las felicitaciones.

–Pasen –insistió Marcos–; se sirven la sopa y nos sentamos todos a comer, que yo tengo un hambre de lobo.



Francisco hizo un lugar para Carla junto a él. Pero ella ignoró las maniobras y se sentó en la otra cabecera entre Jorge y Marcos. En esa cabecera quedaron también Javier y el otro guardaparque.

Francisco, visiblemente molesto por la distancia que Carla había puesto entre ellos, se acercó a la mujer con la botella descorchada de champán y amagó servir en su vaso cuando Carla hizo un brusco gesto para detenerlo.

–Gracias, Francisco, voy a pasar al alcohol esta noche.

–Vamos, Carla. ¡Si pedimos el champán para brindar por vos!

–Los acompaño en el brindis con jugo, no se ofendan.

–Es un bajón brindar con jugo.

–Vos podés brindar con champán así que no te va a dar ningún bajón.

–Digo que es un bajón para los demás verte brindar con jugo habiendo champán.

–Igual paso, muchas gracias.

–Vamos, una copita.

Carla le quitó la vista a Francisco y cruzó durante un segundo la mirada con Javier quien lucía un gesto ligeramente burlón.

–Por favor no insistas –intervino Jorge–, ya te dijo que no quería.

–Gracias –respondió Francisco, molesto–; no necesito intermediarios, me lo puede decir ella misma.

–Ya te lo dijo dos veces –replicó Jorge, con tono muy firme.

Se hizo silencio en toda la mesa. Francisco midió la situación y decidió volver a su sitio. Celine Dion continuaba cantando como si nada pasara.

Marcos se levantó y alentó a todos a seguir comiendo la picada, que luego vendría el *risotto*. Volvió el murmullo de la conversación pero con algunos decibeles menos.

–Gracias por tu intervención –susurró Carla inclinándose hacia Jorge–, aunque te aseguro que puedo arreglármelas sola.

–No hay por qué y me imagino que te las arreglás sola. No estarías aquí si no fuera así.

Carla miró a Marcos.

–¿Tengo que compartir mi carpa con un guardaparque? –soltó de improviso.

–Así es.

–Jorge, ¿te molestaría compartirla conmigo?

Javier no podía creer lo que había escuchado. La muy puta. Ahora fue el turno de Carla de lucir la mueca burlona al mirarlo fugazmente.

–Encantado, mi reina –dijo Jorge.

Comieron el *risotto*, que estaba muy bueno, y la conversación en esa cabecera giró en torno a la vida de los guardaparques, sus anécdotas, las travesías, lo crudo del invierno, sus vidas amorosas, las familias.

Ayudaron entre todos a levantar la mesa y dejarla puesta para el desayuno. Javier le preguntó a Marcos si no tendrían que haber tenido noticias de su novia a través de Gendarmería.

–Después de lavar los platos volvemos a llamar.

–Búsqueda Silvia Quezada en Chaltén –informó el Cabo Santibáñez–: negativa. Cambio y fuera.

Javier llegó a su carpa con el ánimo por el piso a pesar de las fantasías que habían poblado su cabeza durante buena parte del día. Andrés, el compañero de carpa que le había tocado en suerte, ya estaba a punto de meterse en la bolsa de dormir. En pocos minutos Andrés estaba roncando y Javier miraba el techo desvelado. Pasó así un rato largo hasta que escuchó la risa de Carla proveniente de la carpa vecina. Comenzaron a alternarse las risas de Carla y Jorge, y por momentos hacían silencio. Las risas retornaron más fuertes y parecían tener un tono sexual. Intentó escuchar la conversación sin éxito. Finalmente se callaron y más tarde se pudo dormir.